

La lectura pública durante la Segunda República

Ana Martínez Rus

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: El propósito de este artículo es analizar las prácticas de lectura durante la Segunda República española (1931-1936). Este periodo supuso un punto de inflexión en la valoración social del libro y la lectura porque se pasó de la lectura popular a la lectura pública. Esta transformación se plasmó en la política bibliotecaria del régimen republicano, en las estrategias editoriales y en la actitud del público hacia estas iniciativas. La socialización del libro y la lectura se abordó desde distintos ámbitos: por un lado, las políticas estatales, a través de las bibliotecas escolares y municipales, destinadas fundamentalmente al medio agrario, y, por otro, las iniciativas privadas, como la organización de la Feria del Libro de Madrid y las giras del camión-librería ambulante por distintas ciudades y pueblos de España. Ambas líneas convergieron en una mayor democratización y difusión de la lectura.

Palabras clave: lectura, lectores, libros, historia cultural, bibliotecas

Abstract: The aim of this article is to analyse the reading practices in Second Spanish Republic (1931-1936). This period implied an inflexion point in the social valuation of book and reading because popular reading becomes public reading. This transformation acquired a definite form in the republican librarian policy, in the publishing houses strategies, and in the attitudes of the general public towards these enterprises. The book and reading socialization started on several fields: on the one hand, the public policy, through school and council libraries, whose target was the agrarian environment; on the other, the private enterprises such as the organization of the Book Fair in Madrid and the tours of the travelling bookshop-truck throughout the country. Both sides converged on a bigger democratization and diffusion of reading.

Key words: reading, readers, books, cultural history, libraries

Las prácticas de lectura durante la Segunda República estuvieron asociadas al nuevo régimen de libertades, a la política bibliotecaria oficial y a las estrategias editoriales para ampliar el mercado del libro. En cualquier caso, las actividades de editores y libreros, así como la actitud y reacción del público respondieron a las expectativas creadas por la política oficial y formaron parte del mismo proyecto cultural de socialización del libro y de la lectura. Los ciudadanos fueron partícipes de una extensión social de la lectura en las distintas iniciativas organizadas por el Estado y los profesionales del libro.

La biblioteca pública como derecho democrático

El proyecto educativo y cultural formó parte del programa modernizador republicano en un intento de modificar las estructuras socio-económicas del país. El acceso a la cultura y a la educación de los ciudadanos se convirtió en un deber del Estado democrático. Las autoridades consideraron que era urgente alfabetizar a la población y asegurar su acceso al libro para mejorar su capacitación profesional, su formación cultural y su comportamiento cívico en relación con la participación en la vida pública. En este sentido era necesario crear escuelas y bibliotecas en todo el territorio para acercar a todos los habitantes el libro, y en tal sentido el Estado republicano se ocupó de la dotación, organización y expansión de las bibliotecas públicas¹. Estos establecimientos se convirtieron en centros de formación permanente como apoyo y complemento a la escuela laica, pública y gratuita. El libro pasó a ser un instrumento fundamental en el proceso de culturización popular desarrollado por el régimen democrático. La República fue un proyecto cultural con señas de identidad propias que incorporó la cultura en claves sociales y de derechos políticos².

Con la democracia republicana se superó el concepto restringido de biblioteca popular por el de biblioteca pública abierta a todos

¹ Sobre la política bibliotecaria republicana véase MARTÍNEZ RUS, A.: *La política del libro durante la Segunda República: socialización de la lectura*, Gijón, Trea, 2003.

² Véanse HOLGUÍN, S.: *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Barcelona, Crítica, 2003; HUERTAS VÁZQUEZ, E.: *La política cultural de la Segunda República española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1988, y MARTÍNEZ MARTÍN, J. A.: «La Segunda República (1931-1936)», en BAHAMONDE, Á. (coord.): *Historia de España. Siglo XX*, Madrid, Cátedra, pp. 541-636.

los ciudadanos. Las bibliotecas destinadas a las clases populares, que carecían de medios económicos para acceder al libro, fueron sustituidas por bibliotecas públicas al servicio de toda la sociedad. El libro se socializó gracias a la extensión de las bibliotecas públicas, sobre todo en las zonas agrarias. Al mismo tiempo, muchos de estos libros contribuyeron a la difusión de los valores republicanos y democráticos³. La política bibliotecaria se articuló alrededor del Patronato de Misiones Pedagógicas y de la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros para bibliotecas públicas. Las bibliotecas del Patronato formaron parte de la acción de extensión cultural desarrollada por Misiones en el campo. La Junta de Intercambio era un organismo específico en materia bibliotecaria, encargado de modernizar el patrimonio bibliográfico nacional y de la dotación y expansión de las bibliotecas del Estado.

Tanto las bibliotecas escolares y rurales de Misiones como los establecimientos municipales de la Junta contribuyeron a la difusión del libro en la sociedad española, pero el régimen no trataba únicamente de mejorar las instalaciones y los fondos de las bibliotecas, sino de fomentar la lectura pública. La biblioteca se transformó en un servicio público que debía garantizar el acceso al libro de todos sus ciudadanos más allá de la biblioteca popular de carácter paternalista de épocas pasadas dirigida a mejorar la formación de las clases trabajadoras⁴. La instalación de nuevas bibliotecas y la actualización de las colecciones existentes tuvieron un efecto multiplicador, aumentando la consulta de los lectores habituales y aficionando a los libros a personas secularmente alejadas de lo impreso. En este sentido conviene distinguir entre los lectores potenciales, que incluían a todas

³ Sobre el papel de la biblioteca como agente socializador del régimen republicano véase FERNÁNDEZ SORIA, J. M.: *Educación, socialización y legitimación política (España, 1931-1970)*, Valencia, Tirant lo Blanch, 1998, pp. 61-97.

⁴ Acerca del cambio cualitativo entre el concepto de biblioteca popular y el de biblioteca pública abierta a todos los ciudadanos véase MARTÍNEZ RUS, A.: «Las bibliotecas y la lectura. De la biblioteca popular a la biblioteca pública», en MARTÍNEZ MARTÍN, J. A. (dir.): *Historia de la edición en España (1836-1936)*, Madrid, 2001. Y sobre la evolución de las bibliotecas públicas véanse los trabajos de GARCÍA EJARQUE, L.: *Historia de la lectura pública en España*, Gijón, 2000, y FONSECA RUIZ, I.: «La lectura pública en España. Pasado, presente y deseable futuro», en *Boletín de la Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos*, año XXVII, 2, Madrid, 1977, pp. 57-81.

las personas alfabetizadas, y los lectores reales, que asistían con regularidad a estos centros de cultura y ciencia. De ahí que la extensión de las bibliotecas fuese paralela a la generalización de la instrucción de la población, como apoyo y complemento de la escuela. Además, el diseño de una política general de bibliotecas para coordinar los servicios de los distintos establecimientos del país en un intento de crear una red bibliotecaria interrelacionada constituyó un cambio sustancial respecto al pasado⁵.

Las bibliotecas escolares y su proyección en los pueblos

Uno de los objetivos principales de las visitas de Misiones a los pueblos fue el establecimiento de bibliotecas fijas y circulantes, así como la organización de lecturas públicas, según Decreto de 7 de agosto de 1931, atendiendo preferentemente a localidades aisladas y de población reducida. El Patronato y el Museo Pedagógico Nacional se encargaron de la selección, adquisición y distribución de los títulos. Las colecciones iniciales comprendían cien volúmenes, sólidamente encuadernados y divididos en dos grupos: «Lectura para adultos» y «Lectura para niños». El primero era más amplio e incluía materias variadas: literatura española y universal —contemporánea y clásica—, ciencias aplicadas, técnica agrícola e industrial, ciencias naturales, historia y geografía general y de España, viajes, biografías, diccionarios, etc. Las lecturas específicas para niños recogían cuentos, libros de aventuras, adaptaciones de obras maestras de la literatura, así como una serie de obras científicas, geográficas e históricas para completar las tareas de las clases.

Aunque las bibliotecas del Patronato de Misiones Pedagógicas se instalaban en las escuelas bajo la dirección del maestro, no eran propiamente escolares, ya que permanecían a disposición de todo el pueblo. Durante el día la biblioteca estaba al servicio de los alumnos como apoyo y complemento de la docencia, y además ellos mismos participaban en la organización y control de los libros. Por la tarde, en función de la disponibilidad del maestro, la biblioteca abría al

⁵ Véase FAUS SEVILLA, P.: *La lectura pública en España y el Plan de Bibliotecas de María Moliner*, Madrid, 1990. Y el catálogo de la exposición sobre *La lectura pública en España durante la Segunda República*, Madrid, Biblioteca Nacional, 1991.

resto de vecinos varias horas para la consulta y lectura de obras *in situ* y para el préstamo. Poder llevarse un libro gratuitamente a sus casas era lo que más atraía y gustaba a los habitantes. Esta nueva oportunidad permitía tener una obra durante varios días para leerla cuando ellos quisiesen o pudiesen en función de su tiempo libre. Sobre la repercusión de las bibliotecas en las distintas localidades destacan las cifras de lectores y lecturas entre 1931 y 1933, que, aunque no sean exactas, demuestran la importancia del fenómeno lector que fomentaron las bibliotecas de Misiones Pedagógicas. En diciembre de 1933, con 3.151 bibliotecas creadas, el número de lectores contabilizados fue de 467.775, de los cuales 269.325 eran menores de catorce años y 198.450 adultos. Se realizaron 2.196.495 de lecturas, correspondiendo 1.405.845 a los niños y 790.650 a mayores de catorce años.

Según estos datos, los niños eran los que más leían, debido lógicamente a sus estudios, pero conviene destacar un aspecto muy importante que no recogían las estadísticas: los escolares que llevaban libros a casa incitaban a la lectura a sus padres y hermanos, ya que esta novedad despertaba la curiosidad y el interés de quienes antes no habían tenido tal posibilidad. Probablemente muchas obras de los niños eran leídas por el resto de la familia de manera colectiva en voz alta o al menos por algún otro miembro de manera individual y silenciosa. Después del estímulo inicial, los adultos acudían a la biblioteca por su cuenta. Así, en la visita del inspector a Anzánigo (Huesca) comentaba: «Es de admirar el entusiasmo que ha despertado la biblioteca escolar entre los niños y los adultos, pues desde la inauguración de la referida biblioteca la escuela es el punto de reunión, estrechando de esta manera los lazos entre la escuela y la familia»⁶. En otros casos los escolares hacían de intermediarios en el préstamo de libros, como ocurría en el pueblo de Montealegre del Castillo, en Albacete: «las hijas del dueño de la fonda, aficionadas a leer, habían tenido en préstamo varios libros de las Misiones, mientras que ignoraban la existencia de la [Biblioteca] Municipal. Claro que esto ocurre con facilidad tratándose de mujeres, y sobre todo en el sur de España, porque les molesta ir a la Municipal, mientras que los libros de la de Misiones se los procuran dirigiéndose

⁶ PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Informes, septiembre de 1931-diciembre de 1933*, Madrid, Aguirre Impresor, 1934, p. 68.

al maestro o maestra, o por medio de sus hermanos que van a la escuela»⁷.

En líneas generales, las bibliotecas de Misiones fueron recibidas con interés y expectación por los vecinos, según recogen los informes de las Memorias del Patronato. En La Cuesta y El Carrascal (Segovia): «Nunca se leyó allí y cuando me despedí ya se habían repartido setenta libros. Sé de una mujer que no se acostó hasta que terminó la novelita que llevó su marido y me he encontrado a algún aldeano leyendo camino adelante. Y tienen el mayor inconveniente en la luz»⁸. En algunas localidades sirvieron para estimular pequeñas agrupaciones que contribuyeron a la adquisición de nuevas obras. Así, en Sadaba (Zaragoza), con los ingresos recogidos en un festival ampliaron los fondos de la biblioteca a 600 volúmenes. Y en Valdunciel (Salamanca), un pueblo pequeño y agrícola, «aprovechan y matan sus ratos de ocio en la biblioteca, que han acogido con verdadero interés y cariño, hasta el extremo de haber formado otra que funciona unida a ésta». Estos testimonios favorables nos hablan de los espacios colectivos e individuales, así como de los hábitos de lectura de estas comunidades rurales que condicionaron la apropiación y usos de esos textos⁹. Pero también encontramos limitaciones sobre el reducido número de libros para atender la demanda de lectura de los pueblos, aunque en otros casos existieron problemas por cuestiones políticas y por indiferencia de algunos maestros. Éste era el estado de la biblioteca de Mérida (Badajoz), instalada en una escuela graduada de niñas: «A la Biblioteca le dan acaso menos importancia de la debida. No está en un estante, sino que los libros están sobre una mesa de canto con los lomos hacia arriba. La directora me dio la impresión de que consideraba la Biblioteca como uno de tantos elementos del

⁷ PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Memoria de la misión pedagógica social en Sanabria (Zamora). Resumen de los trabajos realizados en el año 1934*, Madrid, Aguirre Impresor, 1935, p. 83.

⁸ Impresiones de Juan Vicens de la Llave en sus visitas de inspección a las bibliotecas, recogidas en PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Informes...*, op. cit., p. 49.

⁹ Sobre las prácticas de lectura y la apropiación de los textos por parte de los lectores resultan fundamentales los trabajos de CHARTIER, R.: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992; *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993; *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1996, o *Las revoluciones de la cultura escrita. Diálogo e intervenciones*, Barcelona, Gedisa, 2000.

material de la Escuela. Le pregunté si leía gente de fuera de la Escuela y si las niñas u otros lectores sacaban los libros a sus casas, y a ambas preguntas me contestó que no, con cierto aire de asombro. Me dijo que sólo sacaban los libros fuera las profesoras»¹⁰.

En la provincia de Valencia, las bibliotecas de Misiones adquirieron mayor entidad al transformarse en establecimientos rurales en un intento de sacarlos del ámbito escolar e involucrar a toda la población en su funcionamiento. Sobre las prácticas, los espacios y usos de lectura destacan las respuestas de los responsables de las bibliotecas al cuestionario que envió la responsable de la red bibliotecaria, María Moliner, en 1936 en relación con la situación y marcha de los mismos¹¹. Estos informes ponen de manifiesto las inquietudes y necesidades diversas de comunidades agrarias de lectores similares, pero también nos indican las coincidencias en las preferencias de títulos, autores y temáticas, así como en hábitos y prácticas de lectura en relación con sus necesidades vitales y con la colección inicial recibida. De hecho, la mayoría de los usuarios adultos que acudían a la biblioteca lo hacían después de la finalización de las tareas agrícolas, predominando el servicio de préstamo, más flexible y cómodo que la consulta en sala. Por otra parte, la ubicación de los libros en la escuela condicionaba el tipo de usuario habitual, destacando los menores de edad.

Según las estadísticas, leían poco los hombres, apenas las mujeres y predominantemente los niños. Pero esto no quiere decir que el público adulto fuese ajeno a esos textos. No debemos olvidar la mediatización de los textos que conocían a través de sus hijos en ediciones escolares y juveniles que expurgaban textos clásicos. Podemos agrupar los libros más demandados por su temática.

En un primer grupo se encontrarían los cuentos infantiles, algo lógico teniendo en cuenta la clientela preferente de estas bibliotecas: Andersen, Grimm, Perrault, la serie de Calleja. En un segundo grupo estarían los clásicos adaptados al público infantil y juvenil, que en cierta manera se asimilarían al grupo anterior (Homero, Dante, Cervantes, Quevedo, *El Lazarillo*, Romancero medieval). Baste recordar las ediciones en este sentido de María Luz Morales de Grimm y Homero, respectivamente, habituales en estas colecciones. Otro grupo

¹⁰ PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Informes...*, op. cit., p. 79.

¹¹ Estos cuestionarios y sus respuestas se encuentran en el Archivo General de la Administración (AGA), Sección de Cultura, caja núm. 20053.

básico eran las novelas de aventuras, que en cierta medida también estaban relacionadas con un público juvenil, con Verne a la cabeza (Defoe, Stevenson, Poe, Swift, folletines al estilo de Dumas y Sué). También encontramos a los autores contemporáneos de los siglos XIX y XX, preferentemente españoles (Palacio Valdés, Varela, Bécquer, Pereda, Valle-Inclán), con predilección manifiesta por Pérez Galdós y Blasco Ibáñez. El caso de Pérez Galdós es significativo para entender la visión que estos lectores tenían de la España decimonónica, puesto que sus *Episodios Nacionales* constituían su principal referencia histórica. Entre los autores extranjeros destacaban Tolstoi, Dostoievski y Víctor Hugo. Por último, sobresalían las obras de carácter científico y técnico, entre las que ocupaban un lugar preferente las que versaban sobre agricultura, geografía y ciencias naturales.

Resultan igualmente reveladores los nuevos títulos que solicitaban los usuarios a través de los responsables de las bibliotecas. En muchos de estos casos, las inquietudes de los maestros influían sobre las peticiones. En este sentido, abunda la demanda de libros de pedagogía, didáctica de ciertas materias, autores y obras de mayor complejidad y menos conocidas por el gran público (Teresa de Ávila, Montaigne, Thackeray, Platón, Azorín). Otras de ellas responden a intereses diversos de los usuarios (novelas menos conocidas de autores consagrados, géneros predilectos, referencias orales de algunas obras, autores que ampliaban su fama por entonces, como Lorca o Alberti). Todo ello dependía de las creencias e identidades previas de los lectores. En cualquier caso, la demanda de más novelas de aventuras, libros de agricultura y colecciones legislativas era constante.

Pese a la proyección de estas bibliotecas, lo cierto era que se encontraban con problemas para difundir su uso. Desde noviembre de 1935 y durante todo el año 1936, María Moliner, como delegada e inspectora del Patronato, recorrió los pueblos valencianos de la red bibliotecaria rural para impulsar la actividad de las bibliotecas, tanto de Misiones como las municipales, y ayudar a los responsables en su funcionamiento¹². Una de sus preocupaciones era implicar a los adultos en esta tarea. Para ello veía necesario la organización de reuniones de los responsables de los establecimientos con los vecinos de las poblaciones. Pero los bibliotecarios, en líneas generales, consideraban que no era factible celebrar una sesión semanal en

¹² Véanse todas las visitas de la inspectora María Moliner a los pueblos en el AGA, Sección de Cultura, caja núm. 20052.

la biblioteca para potenciar su difusión, porque la población era eminentemente agrícola y durante las horas de la noche necesitaban, primero, cobrar el jornal y, luego, buscar ocupación para el día siguiente, máxime en la época primaveral. En todo caso aconsejaban el domingo o un festivo para realizar estas sesiones. De hecho, había épocas del año, dependiendo del ciclo del campo, que las bibliotecas apenas eran utilizadas por el público adulto.

Muchas de estas resistencias se hicieron nítidas durante estas visitas de inspección de María Moliner a distintas localidades valencianas, ejemplo significativo de los obstáculos que a nivel nacional tenía esta estrategia de difusión de la lectura. Entre los problemas más habituales que esta inspectora se encontró destacaron la ubicación del local, la identificación de estas instituciones con determinadas opciones políticas, los traslados administrativos de algunos de los responsables (maestros, funcionarios municipales), las presiones consuetudinarias para mantener a la mujeres alejadas de la vida pública en el seno de estas sociedades rurales y, en general, el grado de analfabetismo. En este sentido, resultaba paradójico que las más receptivas a las iniciativas de la inspectora fueron las amas de casa, que curiosamente no contaban entre los principales usuarios de las bibliotecas.

En algunos casos resultaba difícil ubicar la biblioteca en edificios públicos y accesibles que no se identificasen con opciones políticas o religiosas que provocasen el rechazo de algunos usuarios. Por ejemplo, en Guadasuar se desató un conflicto porque en el local elegido existía imaginería religiosa; en Pinet se rechazó la casa abadía como instalación por las asociaciones ideológicas que suponía, aunque se acabó eligiendo el local de un carpintero, que era conocido por sus simpatías derechistas y al que se nombró colaborador de la biblioteca. Este problema se agravaba cuando amplias capas sociales en estas áreas rurales identificaban la política de difusión de la lectura con la legislación social y laboral que había promovido el régimen republicano. En los casos más extremos, la visita de la propia inspectora fue boicoteada, como ocurrió en Fortaleny. Los cambios de destino de los docentes y funcionarios condicionaron la vida de estas bibliotecas, porque, a falta de bibliotecarios profesionales, eran ellos personalmente quienes gestionaban estas instituciones de forma voluntarista. De modo que podría establecerse una relación directamente proporcional entre la actitud del maestro y el éxito de la biblioteca.

En el caso de Cullera, las bibliotecas estaban bajo la dirección del secretario del ayuntamiento, que las había convertido en su coto privado. Sobre los obstáculos que encontraban las mujeres baste como ilustración que en Pinet recibieron a la delegación de las Misiones de pie, trabajando en las trenzas de palma con que confeccionaban los cestos que constituían la artesanía típica de esta zona.

Las bibliotecas municipales

Las bibliotecas municipales fueron creadas por la Junta de Intercambio y Adquisición de Libros, según Decreto de 13 de junio de 1932, para continuar la promoción de la lectura pública en el ámbito rural, pero en localidades de mayor entidad y tratando de implicar a las autoridades municipales en su funcionamiento. La Junta se encargaba de formar y enviar el lote fundacional de la biblioteca atendiendo a la población del municipio. Se optó por enviar una biblioteca tipo de carácter enciclopédico de 300 volúmenes, donde predominaba la literatura de carácter recreativo para atraer al público y crear nuevos hábitos de lectura, prescindiendo de obras infantiles que constituían la temática principal de las bibliotecas de Misiones. Aunque en la selección última de los títulos también influyó la intervención editorial en cuanto a precios, ediciones y formatos.

Sobre el comportamiento de los lectores y la recepción de las bibliotecas en las poblaciones resultan fundamentales los informes derivados de las visitas de inspección de Juan Vicens de la Llave¹³. En su viaje a Andalucía, el inspector elogió la actuación de las Juntas y de los bibliotecarios, así como la actitud del público. Valoró muy positivamente el hecho de que un pueblo solicitase una biblioteca, porque demostraba el interés de los habitantes y del ayuntamiento, ya que en otros muchos sabían que podían pedir una biblioteca a la Junta de Intercambio pero no lo hacían por distintos motivos. En unos casos las autoridades menos receptivas no querían que la gente leyese, o les daba pereza emprender las gestiones y nombrar la Junta, o bien les parecía un despilfarro gastar dinero en la instalación de una biblioteca aunque les regalasen los libros.

¹³ El grueso de los informes de inspección de Vicens también se encuentran en el AGA, Sección de Cultura, caja núm. 20052.

El inspector destacaba la existencia de dos tipos de bibliotecas: unas que él llamaba de «inspiración popular», y otras que denominaba «paternales». Aunque con esta división no quería hacer una cuestión política, era indudable que en la organización y funcionamiento de la biblioteca se reflejaban las condiciones sociopolíticas y económicas de cada pueblo. De hecho, señalaba que las bibliotecas de índole popular existían generalmente en localidades con ayuntamientos socialistas o de izquierdas y donde la tierra estaba dividida o contaban con talleres artesanales y pequeñas industrias, mientras que las de carácter paternalista se establecían en pueblos con la propiedad muy concentrada, con mucho analfabetismo y gran cantidad de jornaleros sin fortuna. Sin embargo, esto no quería decir que todas las bibliotecas del primer tipo fuesen favorables y las del segundo negativas, pues existían bibliotecas populares y paternales que funcionaban bien y mal. Así, en la misma provincia de Huelva existía un buen ejemplo de biblioteca paternal en el pueblo de Alájar, donde la propiedad estaba en manos de cuatro caciques, y otro de establecimiento popular en la localidad de Cortegana, formada principalmente por artesanos. Aunque la biblioteca de Alájar había sido creada por las personas acomodadas del pueblo, estaba a disposición de todos los vecinos, el encargado tenía buena disposición, y el local era alegre y luminoso. El intenso movimiento de la biblioteca de Cortegana se debía a la colaboración de la corporación y de los vecinos. Pero no todas las bibliotecas pertenecían por completo a alguna de estas clasificaciones, existían muchos matices intermedios. En cualquier caso, esta tipología también era aplicable al resto de bibliotecas del país.

Vicens consideraba bibliotecas paternales a aquellas que habían sido establecidas por un grupo de personas pertenecientes a los notables locales en apoyo de la población más desfavorecida. Tenían un carácter de obra de beneficencia, y en algunos casos la biblioteca se convertía en un aula de colegio, frecuentada principalmente por niños llevados por sus profesores, donde el bibliotecario parecía más bien un vigilante. Casi siempre esos notables habían organizado la biblioteca con gran interés, aunque a veces habían tardado meses. Pero en las Juntas paternales se apreciaba una actitud despectiva, generalmente inconsciente, hacia sus propios vecinos y futuros usuarios de la biblioteca con afirmaciones como «aquí la gente es muy bruta y no les gusta más que la taberna». En estas bibliotecas se oponían enérgicamente a establecer el préstamo creyendo que los

libros iban a desaparecer, como en el pueblo de Chipiona (Cádiz) o en Peñafiel (Valladolid), o bien no querían establecerlo sino mediante fianza de cinco pesetas, como en los casos de Mengíbar (Jaén) e Híjar (Teruel). En Mengíbar los encargados eran muy recelosos al préstamo y sólo lo establecieron con fianza. Pero Vicens les hizo ver que de esta manera excluían del servicio a toda persona que no dispusiera de esa cantidad, perjudicando a los habitantes más modestos. A pesar de las reservas, el inspector les convenció apoyado en el reglamento e instrucciones de la circular número 2 para eliminar la fianza del préstamo a domicilio. Además, en estas bibliotecas las Juntas aseguraban que sólo tendrían lectores las obras frívolas, y que acudiría muy poca gente. Así, en Mengíbar la Junta bibliotecaria advirtió que los únicos libros que debían formar la biblioteca eran novelas de aventuras y literatura banal. En este sentido, Vicens señaló que el trabajo precisamente de dicha Junta era explicar a la gente los libros que poseía la biblioteca, ya que los posibles lectores a quienes podían interesar los libros sobre la cría de gallinas o de abejas ignoraban que eso se denominaba avicultura o apicultura. Esta situación estaba relacionada con la existencia en la provincia de Jaén de latifundios y de un gran número de analfabetos que trabajaban como jornaleros.

Las bibliotecas de inspiración popular eran las que se habían desarrollado por iniciativa de los propios habitantes de los pueblos. En unos casos, la creación de la biblioteca fue impulsada por un grupo de vecinos como algunas asociaciones obreras, y, en otros casos, el ayuntamiento solicitó la colección municipal respondiendo a la demanda de la mayoría de la población. Las sociedades obreras participaron porque eran las asociaciones más preocupadas por su funcionamiento. También actuaron en las Juntas los maestros, ya que eran elementos relativamente independientes, aunque muchos de ellos comprometidos con la República, y que por su preparación y dedicación tenían interés directo en la biblioteca. Así, en el pueblo malagueño de Villanueva del Trabuco, la Junta bibliotecaria estaba formada por el presidente de la Comisión Municipal de Instrucción Pública, dos maestros, el presidente del Sindicato Agrícola, el médico, el sacerdote, el presidente de la Sociedad Obreros del Campo y dos empleados. Su actuación resultó decisiva en la marcha del establecimiento municipal. La sociedad obrera de Portillo (Valladolid) presionó al ayuntamiento para conseguir la biblioteca, y participó

activamente de sus servicios con la presencia de 60 lectores diarios en sala. En Villar del Campo (Soria), por iniciativa propia, al no existir ninguna entidad profesional o cultural, decidieron nombrar un representante de los patronos y otro de los trabajadores en la Junta de la biblioteca para implicar a los distintos colectivos en su funcionamiento. La biblioteca de Villanueva del Rosario, en Málaga, fue impulsada por la Sociedad Socialista de Oficios Varios, cuyo presidente era concejal y miembro de la Junta rectora, junto con un agricultor, dos empleados, el comandante de la Guardia Civil, dos maestros, un jornalero y el médico. En la Junta bibliotecaria de Ubrique estaban representadas la Sociedad de Obreros Petaqueiros, la de Obreros Curtidores, el Círculo Cultural, el Ateneo, la Sociedad de Patronos de Talleres de Calzado y la Sociedad Cultural La Biblioteca. En todos los pueblos donde las asociaciones profesionales formaban parte de las Juntas habían prestado un apoyo incondicional a la biblioteca y en ningún caso habían provocado conflictos. En este sentido, destaca la labor de la Junta bibliotecaria de Sástago (Zaragoza), que publicó un bando para difundir la función de la biblioteca entre sus vecinos, incitando a la lectura y a la participación de sus servicios.

Tanto si la iniciativa era colectiva como si era municipal, los organizadores no habían trabajado solos, sino alentados y ayudados constantemente por muchos vecinos, incluso los carpinteros y herreros del pueblo habían colaborado para montarla y amueblarla gratis o sólo por el valor de las materias primas. Además, Vicens señaló que desde el primer día el público acudió masivamente a estas bibliotecas porque se sentía protagonista de su fundación, y el préstamo casi siempre se había organizado sin esperar las instrucciones de la Junta de Intercambio, pero no existía queja alguna sobre el deterioro o pérdida de los libros. Incluso en Villanueva del Rosario (Málaga), donde se dejó un lote de obras durante seis meses a libre disposición de los lectores sin intervención de ningún bibliotecario, no faltaba un solo libro. El público, en su mayoría obreros socialistas, se acercaba al ayuntamiento donde estaban los libros en un armario abierto para leerlos allí mismo o en su casa, y no había desaparecido ningún volumen. Cuando estaban un poco desordenados, algún espontáneo se dedicaba durante horas a colocarlos. Estas actitudes estaban en consonancia con la participación y responsabilidad ciudadana que defendía el régimen republicano. De hecho, las bibliotecas habían

adquirido vida propia gracias a la colaboración de los usuarios, convirtiéndose en el centro cultural de sus respectivas localidades.

La lectura y los lectores: cifras y contenidos

En la memoria de la JIAL de 1934 se incluían el número de lectores y el volumen de obras consultadas por materias durante ese año en las bibliotecas municipales creadas a lo largo de 1933, que han sido contrastadas y corregidas con los datos aparecidos en los expedientes de cada establecimiento. Los municipios agrupaban a 596.554 habitantes y de ellos 209.532 fueron lectores, es decir, el 34,8 por 100 de la población acudió a la biblioteca para consultar obras y llevarse libros a casa. Los usuarios menores de catorce años eran 74.585, mientras que los adultos sumaban 134.947, predominando el lector masculino, ya que la mayoría, 109.056, eran hombres. La respuesta del público en los primeros meses de funcionamiento de las bibliotecas y la difusión de la lectura en estas localidades rurales resultan de gran relevancia si tenemos en cuenta la novedad que representaba para los habitantes la llegada de la biblioteca, los problemas de organización e incluso políticos que implicaba, aparte de la falta de hábito de asistencia. Así, en la biblioteca de Bienservida (Albacete) a la hora de ir a la biblioteca, siempre a la tarde después del trabajo, la gente se agolpaba a la entrada para dejar y coger nuevos libros. Algunos estantes estaban continuamente medio vacíos y las obras de muchas secciones, salvo las de ciencias aplicadas y las de bellas artes, estaban muy usados. Además, la Junta bibliotecaria y personas del pueblo reconocían abiertamente que la biblioteca había influido muy positivamente en la cultura, trato y conducta de los vecinos: «La Biblioteca Municipal es el paseo del pueblo, porque es tal cantidad de gente que va a tomar libros prestados, que arrastra a los demás, y todo ese mundo se instala delante de la puerta formando una verdadera manifestación. Los domingos que está cerrada, la gente va allí por costumbre y se está allí hablando. De los 300 volúmenes, había en poder de lectores más de la mitad, y los que vi mostraban las señales de un uso intensísimo»¹⁴. De hecho, en esta localidad, que contaba con 3.088 habitantes, se registraron a lo largo del año

¹⁴ Informe de inspección de Juan Vicens de la Llave recogido en PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS: *Memoria de la misión...*, op. cit., p. 85.

8.280 lectores, ya que también era utilizada por vecinos de pueblos próximas, como la aldea de La Sierra, que convirtió su biblioteca de Misiones en sucursal de la municipal de Bienservida. Vicens siempre destacó el impulso de las bibliotecas en la difusión del libro y el fomento de la lectura por la afluencia de lectores. El inspector Vicens nunca encontró una biblioteca que fallase por falta de respuesta del público. Las que fallaban eran por una mala dirección, por motivos políticos, etc., pero en cuanto las Juntas o los bibliotecarios se molestaban un poco, los lectores acudían en gran número.

La distinción de materias de las obras consultadas en 1934 se hizo siguiendo la clasificación decimal universal, que comprende diez categorías del 0 al 9, correspondiendo a cada número un grupo de disciplinas genéricas. Los libros más consultados en 1934 fueron los literarios, con 133.032 peticiones; seguidos por los de geografía e historia, con 14.613; las obras generales, con 14.406; y los textos de ciencias aplicadas y tecnología, con 10.699 registros. También eran demandadas las obras de ciencias sociales y las de ciencias puras, con 7.980 y 7.754 solicitudes, respectivamente. De este modo, aparte de la literatura y de las obras de referencia, las inquietudes profesionales y sociopolíticas condicionaban la lectura del público. Esta situación explicaba que las personas generalmente acudían a las bibliotecas en principio a entretenerse, leyendo novelas, ya que no eran lectores avezados. Y después con la práctica se introducían en las demás secciones según iban conociendo sus fondos. Pero también existían otros lectores que visitaban los establecimientos municipales para buscar directamente libros instructivos y científicos. Así pues, existían lectores diferenciados en las bibliotecas que sólo leían literatura, o bien libros más elevados, aunque otros usuarios combinaban el placer con el estudio.

La estadística de lectura de 1935 demuestra una progresión evidente en la utilización de las bibliotecas municipales por parte del público. Contamos con las cifras de usuarios de 162 de los 201 establecimientos instalados hasta la fecha, elaborados a partir de los datos que remitían a la Junta de Intercambio. Los lectores aumentaron a 236.130, repartidos de la siguiente manera: 72.197 entre niños y niñas, 132.054 varones y 31.879 mujeres. El incremento no era muy notable respecto al año anterior, además, si atendemos a la población de los municipios, el porcentaje de lectura disminuyó al 29,8 por 100, pero esta situación estaba relacionada con el desco-

nocimiento de los datos de 39 bibliotecas respecto a 1934, donde sólo faltaron las cifras de cinco establecimientos. Por otra parte, no debemos olvidar los problemas políticos, debido a los cambios de los ayuntamientos, que obstaculizaron la vida de muchas bibliotecas que habían funcionado con normalidad. Durante 1935 se sirvieron en sala y en préstamo de las bibliotecas municipales registradas un total de 250.937 volúmenes, predominando la literatura, con 139.894 obras. Las siguientes materias más demandadas fueron los libros de historia, con 20.622; las ciencias aplicadas, con 13.902 ejemplares; las obras generales, con 13.187 consultas; las ciencias puras, con 10.173 peticiones; las bellas artes, con 9.957; y las ciencias sociales, con 9.402 libros. Más del 55 por 100 de las obras leídas eran literarias, ya que para un público no habituado a los libros resultaban los más atractivos, aparte de las inquietudes profesionales, políticas y sociales, que representaban un 21,5 por 100 de los títulos solicitados. Las secciones menos frecuentadas fueron las de religión y teología, con sólo 2.758 obras, y la de filosofía, con 3.517 volúmenes.

Para analizar el fenómeno lector en su amplitud no sólo interesa saber cuántos leían, sino también quiénes acudían a las bibliotecas. Aunque las estadísticas clasificaban los lectores por edad y género, apenas conocemos los colectivos sociales que leían en los establecimientos públicos y a domicilio. En este sentido destacan los datos de las profesiones de los usuarios de Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz, durante los dos últimos trimestres de 1935 y los primeros de 1936. De este modo podemos seguir la trayectoria de los lectores en un año de esta biblioteca, arraigada en la vida local, ya que existía con anterioridad a la Junta de Intercambio. Estaba instalada en el Instituto de segunda enseñanza, pero se acogió al Decreto de 13 de junio de 1932, convirtiéndose en biblioteca pública municipal. Las cifras demuestran que el grupo de vecinos que acudían más a la biblioteca eran lógicamente los estudiantes (2.270), ya que los libros se encontraban en un centro de enseñanza, y los obreros (2.976), que superaron a los anteriores, incrementando paulatinamente su asistencia. Según se difundió el carácter público y gratuito de la biblioteca en la localidad aumentó la población no estudiantil. De hecho, de 6.442 lectores totales, 4.172 desempeñaban un oficio que compaginaban con la utilización de los servicios del establecimiento municipal. Probablemente la mayoría de las personas que no tenían oficio se refería a mujeres, dedicadas principalmente a labores domés-

ticas y familiares, aunque también solían trabajar en el campo, o incluso a otras tareas fuera de casa, pero no se consideraba una profesión reconocida.

Estas tendencias se ven corroboradas por los datos que conservamos de Puerto de Santa María y Chipiona, en Cádiz, y Breña Baja, en Santa Cruz de Tenerife. En definitiva, todo esto refleja que las personas que más utilizaron las bibliotecas municipales fueron los estudiantes, en relación con sus tareas, y los trabajadores, para mejorar su capacitación laboral y formación intelectual. Pero esto no debe llevarnos a pensar que el resto de la sociedad ignoraba el libro, ya que no debemos olvidar las prácticas redistributivas y colectivas de lectura del préstamo domiciliario.

El préstamo domiciliario

A pesar de la creencia extendida de que en España la gente no estaba educada para llevarse libros a casa, la experiencia de las más de 200 bibliotecas municipales indicaba que el préstamo fue un procedimiento extendido, sobre todo en las localidades pequeñas y de vida exclusivamente rural, donde los lectores no podían ejercer la lectura en la sala por falta de tiempo y porque los establecimientos no estaban bien acondicionados. Las cifras del préstamo a domicilio demuestran la importancia de este servicio y revelan la proyección de la biblioteca entre la población. En Cortegena (Huelva) durante 1935 se realizaron 1.926 operaciones de préstamo a adultos y a menores de catorce años. Se prestaron 1.426 obras a hombres, 507 libros a mujeres y sólo 85 volúmenes a niños y 44 a niñas. Aunque predominaba el usuario masculino, destacaba la lectura de las féminas frente a la escasa asistencia de éstas a la biblioteca. Así, de los 1.696 lectores en sala, únicamente 23 fueron mujeres, 3 niñas y 42 niños. La mujer leía en privado, ya que su espacio se reducía al ámbito de la casa y al cuidado de la familia. En sociedades agrarias y atrasadas no estaba bien vista la participación de las mujeres en la vida pública. Además, las tareas agrícolas y domésticas apenas les dejaba tiempo para leer directamente en la biblioteca. En los primeros seis meses de 1936 se registraron 1.203 préstamos particulares, aparte de los 691 usuarios de sala. Esta circunstancia demuestra claramente que la mayor acción de las bibliotecas residía en la lectura a domicilio.

En la biblioteca de Lanjarón, en Granada, durante 1935 se realizaron 762 préstamos de libros, siendo 405 a varones, 181 a mujeres, 125 a niños y 51 a niñas. Además, el movimiento en sala fue de 1.354 lectores, repartidos de la siguiente manera: 864 hombres, 262 féminas, 163 pequeños y 65 chicas. El servicio del préstamo se efectuaba dos días a la semana, pero los encargados, un empleado del ayuntamiento y un botones de catorce años, eran desbordados por gran cantidad de vecinos que se agolpaban ante las dos ventanillas solicitando y devolviendo libros. A pesar de la celeridad de los bibliotecarios no daban abasto, y ante el temor de que la biblioteca cerrara sin haberles atendido, el público gritaba y reclamaba para conseguir su objetivo. Esta situación es muy representativa de la importancia y del impacto del préstamo domiciliario de obras en estas localidades rurales. A esta biblioteca asistían muchas mujeres en los primeros meses, unas 70 atendiendo a los carné, aspecto raro en el sur, pero, según le contó confidencialmente el bibliotecario al inspector, un día visitó la sala el párroco y, mientras él servía al público, tomó nota de todas las muchachas inscritas. Desde entonces se dedicó a disuadirlas de ir a la biblioteca porque las lecturas eran perniciosas para su formación y no era apropiado que se mezclaran con los hombres. Por este motivo durante algún tiempo las féminas dejaron de acudir a leer, aunque después volvieron casi todas. Sobre la hostilidad que despertaba la biblioteca entre algunos sectores sociales también destacaba el hecho de que durante un mes estuvo cerrada porque todas las noches dos individuos armaban escándalo e impedían su funcionamiento. En Hoyos del Espino (Ávila), con una población de 539 habitantes, se prestaron 1.467 obras a los vecinos del municipio y de pueblos cercanos, destacando las 841 volúmenes de literatura. Los mayores de catorce años se llevaron 1.209 libros, 736 los hombres y 473 las mujeres, mientras que los niños solicitaron 206 y las niñas 92 volúmenes. Además, 2.762 lectores consultaron *in situ* 2.836 obras, siendo 1.466 hombres, 1.002 niños, 152 mujeres y 142 niñas. Nuevamente en el préstamo domiciliario se observa mayor equilibrio entre el género masculino y el femenino. Las mujeres no dudaban en acudir a la biblioteca un momento para pedir libros prestados, pero eran más remisas a leer en sala por sus múltiples ocupaciones y roles sociales. En cualquier caso, conviene destacar que el préstamo de obras no se correspondía exactamente con la misma cifra de lectores, debido a que estos usuarios eran habituales del servicio, aunque

tampoco era registrada la lectura de los libros prestados a una persona por otros miembros de la familia.

La difusión de la literatura política y social

Dentro del auge lector impulsado por estas bibliotecas destaca el interés por la temática política y social que tuvo su reflejo en el servicio de préstamo y en la apuesta del mundo editorial por este tipo de obras. Un ejemplo muy significativo de esto es la demanda de los lectores de la biblioteca de Bujalance, en Córdoba. Allí, entre los doscientos nuevos libros que llegaron en 1933 pedidos por los lectores, destacaron de manera considerable clásicos de la literatura anarquista (Kropotkin, Anselmo Lorenzo, Mauro Bajatierra, Nettlau), mezclados con obras sobre el cristianismo y la tauromaquia (por ejemplo, biografías de «Gallito» y Granero).

Otros casos similares los encontramos en las preferencias registradas en las bibliotecas populares de Cataluña, creadas por la Mancomunidad en localidades agrarias y fabriles, y que durante la República pasaron a depender de la Generalitat catalana¹⁵. En 1931 las bibliotecas se vieron condicionadas por los acontecimientos políticos y el cambio de régimen. En primer lugar, todas experimentaron un descenso de lectores en la asistencia a la sala, ya que el público estaba más interesado en participar en la vida política. En vez de acudir a la biblioteca asistía a mítines, se reunía para leer y comentar la prensa en otros espacios colectivos, acudía a las sedes de partidos y sindicatos, o bien escuchaba las retransmisiones radiofónicas de los distintos actos políticos. Pero al mismo tiempo cambiaron las preferencias de los lectores, más preocupados por cuestiones sociales y políticas. De hecho, aumentaron las peticiones de obras de historia y de ciencias sociales en la sala y en el préstamo. Muchos lectores adultos de la biblioteca de Canet de Mar (Barcelona) leyeron títulos como *El sufragio*, de Posada; *La nueva libertad*, de Wilson; *La triple revolución*, de Rathenau; *La lliçó de les dictadures*, de Nicolau d'Olwer, o *Catalunya i la República* y *Defensa de la democràcia*, de Rovira i Virgili. También se interesaron por conocer términos y temas que aparecían constantemente en los diarios. Algunos usuarios solicitaron

¹⁵ Véase GENERALITAT DE CATALUNYA: *Anuari de les biblioteques populars de 1931, 1932, 1933, 1934 y 1935*, Barcelona, 1931-1935.

libros sobre el origen del gorro frigio como emblema de la República, el Pacto de San Sebastián, los sindicatos, la revolución bolchevique y el comunismo, aunque no siempre los fondos bibliográficos podían responder a esta demanda. Las bibliotecas tenían que actualizar sus fondos para responder a las nuevas inquietudes del público en relación con las distintas ideologías en auge y acorde con los aires de cambio. En Valls (Tarragona), la sección de Derecho y ciencias sociales, que abordaba temas de actualidad despertó el interés del público en 1932. Entre las nuevas adquisiciones, los libros más leídos fueron *El comunismo en España*, de Karl; *Manual de la Nueva Rusia*, de Monzie; *El principi de les nacionalitats* y *La constitució interior de Catalunya*, de Rovira; *Els exilats acusen*, de Xuriguera; *Catalunya sota la dictadura*, de Perucho, y *L'exemple de Txecoslovàquia*, de Serch. Pero las obras más demandadas fueron las que trataban cuestiones laborales, ya que los conflictos de trabajo condicionaban la vida social de estos pueblos. Además, los lectores estaban preocupados por conocer la nueva legislación laboral y social del Ministerio de Trabajo. Destacaron títulos como *Conflictos del Trabajo y manera de evitarlos*, de Hebert N. Casson; *Comitès Parataris (Constitució y funcionament)*, de Plana Mañé; *Los Jurados Mixtos para dirimir las diferencias entre Patronos y Obreros y para prevenir o remediar las huelgas*, de Prat de la Riba; *El Contrato Colectivo del Trabajo*, de Nicolás Salmerón, y *Accidentes del Trabajo, jurisprudencia y comentarios del libro tercero del Código del Trabajo*, de Rodríguez Martín.

Para acercarnos a los lectores potenciales de este tipo de literatura veamos el caso concreto de Vendrell (Tarragona), que vivía de la agricultura, y de la industria y comercio derivado de la vinificación. La mayoría de los vecinos eran propietarios y ejercían algún oficio o comercio, ya que cada domingo tenía lugar un importante mercado que abastecía la comarca. El trabajo de las mujeres estaba relacionado con la aguja, eran costureras, modistas o bordadoras. Las personas con carrera eran minoritarias, tampoco existían muchos estudiantes, ya que no había establecimientos de segunda enseñanza. Los pocos que podían permitirse estudiar fuera volvían en verano. Entre los lectores más asiduos destacaban: dos abogados, un maestro forastero, un profesor mercantil, un músico, empleados de banca y de Correos, dos fotógrafos, dos impresores, tres mecánicos y electricistas, un zapatero, un relojero, un ebanista, un sastre, un comerciante de vino, uno de granos y otro de ropa, un agricultor propietario, un carretero,

un ordenanza de carabínero y un campesino. Las mujeres que visitaban la biblioteca eran en su mayoría jóvenes y solteras, entre las que destacaban señoritas sin profesión, modistas, dos estudiantes, dos bordadoras a máquina y una a mano, dos cesteras y una gorrista.

La bibliotecaria de Vendrell comentaba que los niños dejaban sus libros a familiares y amigos, e incluso muchos vecinos se cambiaban los libros antes de devolverlos para no esperar a retirarlos de la biblioteca. Las cifras no expresaban este importante fenómeno lector distributivo. También otros lectores utilizaban indirectamente el servicio de préstamo, ya que no acudían personalmente a la biblioteca. Enviaban a algún familiar o amigo a la búsqueda de un libro. Los niños eran los principales intermediarios entre la biblioteca y sus familias, ya que eran los lectores más asiduos y entusiastas. Un niño de once años a la vez que cambiaba su libro llevaba el de su padre, el de sus dos hermanos casados y cuñados. Estos lectores que no tenían contacto directo con el catálogo de la biblioteca encargaban una obra que habían oído elogiar, que habían visto anunciada en el periódico o la de una colección o autor determinado que ya conocían. Para implicar individualmente a todos los habitantes en el funcionamiento de la biblioteca se cambiaron las condiciones del préstamo, que anteriormente habían permitido llevarse a domicilio dos, tres e incluso cuatro libros durante quince días. Estas condiciones habían facilitado el intercambio de obras y la lectura múltiple de los libros prestados. Esto cambió a partir de 1932, cuando cada usuario sólo pudo conseguir prestado un volumen, salvo contadas excepciones, por el periodo de ocho días prorrogable por otros ocho. De este modo, aparte de agilizar el servicio se evitaban las prácticas de lectura colectivas que escapaban al control de la biblioteca.

Las prácticas de lectura y el mundo editorial. Las Ferias del Libro

Como ya hemos sugerido, el mundo editorial fue un protagonista fundamental en las prácticas de lectura como suministrador de las obras que se prestaban en estas bibliotecas y, por tanto, como responsables de las ediciones a las que accedían estos usuarios. Por otra parte, iniciativas editoriales como las Ferias del Libro en Madrid y los camiones-librería de la Agrupación de Editores Españoles tam-

bién contribuyeron a modificar las prácticas de lectura, ya que sacaron el libro a la calle, lo airearon para ponerlo en contacto directo con los ciudadanos. El objetivo en ambos casos era popularizar y divulgar el libro entre la sociedad española¹⁶.

La primera Feria del Libro de Madrid se organizó con este propósito el 23 de abril de 1933 en el paseo de Recoletos por iniciativa de un grupo de editores de la Cámara Oficial del Libro de Madrid, liderados por Rafael Giménez Siles. Esta iniciativa fue respaldada por la Cámara en pleno, el ministro de Instrucción Pública y el alcalde de Madrid, y siguió repitiéndose anualmente hasta 1936. Los editores en la capital, a través de estas ferias, pretendieron responder a la demanda social que frecuentaba las librerías de viejo, los carritos y los puestos ambulantes porque eran más accesibles y baratos. Para ello durante unos días mostraban sus últimas publicaciones y las de su catálogo a un precio más reducido que en los comercios convencionales. Esto diferenciaba a la Feria de su precedente, el Día o Fiesta del Libro, que venía organizándose por iniciativa oficial desde 1926 (RD de 6 de febrero) en toda España, generalmente con el objetivo de vender títulos antiguos o de difícil salida. En cualquier caso, el descuento del 10 por 100 en la venta al público se mantuvo en ambas estrategias y se ha convertido en una costumbre hasta el día de hoy en el mundo del libro.

La primera Feria se celebró durante la semana del 23 al 29 de abril de 1933, con un gran éxito de público y de ventas, según todos los testimonios que conservamos. El paseo de Recoletos se transformó en un espacio de sociabilidad donde convergían los más variados colectivos sociales de la ciudad en torno a su interés compartido por el libro. El paisaje estaba formado por las casetas, los carteles colgados entre los árboles con máximas incitando a la lectura y el bullicio de los viandantes que curioseaban frente a los expositores. Las imágenes de la época nos revelan la presencia de gorras y blusones, trajes y sombreros, sotanas y uniformes, faldas y lazos. Recoletos se convirtió, así, en la capital simbólica del libro hasta la Guerra Civil y el primer espacio urbano de esta magnitud que las prácticas de lectura transformaban haciéndolo suyo.

¹⁶ Véanse a MARTÍNEZ MARTÍN, J. A.: *Editores, librerías y público en Madrid durante la Segunda República*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2000, y SANTONJA, G.: *La República de los libros. El nuevo libro popular de la Segunda República*, Barcelona, Anthropos, 1989.

La Feria del Libro puso en contacto el libro con toda la sociedad, puesto que los clientes habituales de las librerías eran profesionales y estudiantes, pero no los trabajadores. Esta iniciativa permitió que los libros saliesen de su espacio habitual, donde los libreros los controlaban, y penetrasen en espacios que hasta entonces les habían sido ajenos. Esto suponía la desmitificación del libro como objeto de culto privado y su irrupción como elemento básico de un mercado de masas. Desde este punto de vista es fácil entender la oposición que los libreros ejercieron hacia la Feria. Los libros pasaron de reliquias santas a mercancías de exposición:

«El pueblo no entra en las librerías. Por su aspecto y por su tradición, las librerías tienen algo de recinto sacro, para iniciados solamente. Por eso la República debería invitar al libro a salir a la calle con frecuencia. Debería fomentar en el libro el espíritu golfo. Es una de las pocas cosas que puede hacer la República sin que se enfaden mucho sus enemigos. Ayer, por ejemplo, al inaugurarse la Feria del Libro, no cerraron sus balcones los palacios de Recoletos y la Castellana. Y bien sabe Dios que ésta era una fiesta bastante más republicana que la parada militar de hace unos días»¹⁷.

El balance económico de estas ferias fue muy favorable. Los totales de ventas hablan por sí solos: 43.399,75 pesetas en 1933, 213.396,15 pesetas en 1934, 285.122,09 pesetas en 1935. La duración también tendió a prolongarse: una semana en 1933, diez días en 1934, diecinueve días en 1935. Los libreros fueron pasando de una oposición inicial a organizarla directamente en 1936, marginando a los primeros editores que la impulsaron. Muchos intelectuales y escritores (Sender, Rivas Cherif, Zamacois) se comprometieron personalmente en su difusión, participando *in situ* y dirigiéndose al público a través de los micrófonos que Unión Radio solía emplazar a lo largo del recinto. Esta elevada implicación de los autores y de los medios de comunicación ha continuado hasta la actualidad.

Igualmente, los camiones-librerías de la Agrupación trataron de acercar las publicaciones de sus fondos a los habitantes del país en sus recorridos provinciales, atendiendo a las nuevas necesidades de lectura generadas por las bibliotecas públicas y supliendo las carencias y limitaciones de las librerías locales. El primer camión puesto

¹⁷ «Los libros golfos», de Heliófilo, publicado en *La Luz*, 24 de abril de 1933, y recogido en *Bibliografía General Española e Hispanoamericana*, 1933, p. 76.

en marcha hizo varios itinerarios a lo largo de 1934, llevando dos toneladas de libros de las veintiséis editoriales agrupadas. El vehículo tenía un dispositivo que se abría y en veinte minutos se convertía en una atractiva librería ambulante. Solía situarse en la plaza principal del pueblo y era recibido del siguiente modo: «Nos esperaban todas las autoridades y casi todo el pueblo, que estaba esperando que abriésemos el “Camión” para comprar libros. Se notaba, y luego nos lo confirmó el Alcalde, que estaba todo el mundo preparado de antemano esperando nuestra llegada, de tal manera que, nada más abierto, empezó la venta de libros y en menos de dos horas se vendieron 400 pesetas»¹⁸.

De este modo se demuestra que durante la República se rompieron los circuitos tradicionales de la venta del libro. En esta misma dirección cambiaron la oferta editorial y las demandas del público. Hubo géneros que retrocedieron notablemente; otros, muy asentados y tradicionales, se potenciaron de forma considerable; y, por último, apareció un genuino interés por nuevas temáticas. Ejemplo de género literario en desuso fue la novela rosa o galante. El tradicional género de los cuentos infantiles experimentó un importante incremento, apareciendo nuevas heroínas de éxito como *Celia*, creada en 1932 por Elena Fortún. Entre las novedades jugó un papel esencial el desarrollo de colecciones de literatura social y política. Pioneras de esta nueva dirección fueron las editoriales de avanzada, como Ediciones Oriente, Historia Nueva o Cenit (Trotsky, *Imán* de Sender, Malraux, Gorki, Dos Passos), que impulsaron este tipo de publicaciones desde finales de la dictadura de Primo de Rivera, y que influyeron en el resto de empresas más comerciales como Aguilar (Marx), Biblioteca Nueva (Lenin) o Espasa-Calpe (Faulkner). Así, proliferaron colecciones con nombres como «El libro para todos», «El libro del pueblo» o «La biblioteca del pueblo», a las que se sumaron otras de un carácter mucho más militante con la intención expresa de lograr una mayor concienciación social, por ejemplo la «Colección de Cultura Política» (Molotov, Engels) de la editorial Dédalo. Como muestra de estos intereses tan dispares baste decir que entre los libros más vendidos durante la II Feria de Madrid (1934) se encontraban los de la Sociedad

¹⁸ Resumen de la actividad del camión en el pueblo de Alameda (Málaga) recogida en la Memoria de la Agrupación de Editores Españoles, en GIMÉNEZ SILES, R.: *Retazos de una vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor*, México, Impresora Azteca, 1981.

Bíblica, los de la casa Dédalo y los cuentos de Celia que editaba Aguilar.

Esta situación demuestra que, en general, había demanda para todo tipo de títulos. De hecho, durante el periodo republicano convivieron distintas consideraciones sociales de la lectura: como agente de instrucción y aprendizaje, instrumento de trabajo, vehículo de progreso, medio de entretenimiento e incluso símbolo de emancipación social. El libro formaba parte del conjunto de la sociedad y había dejado de ser un privilegio o signo de estatus exclusivo. Las ferias y las giras al aire libre sacaron las publicaciones a la calle y se convirtieron en una fiesta de exaltación del libro y de los valores republicanos y democráticos, debido a la participación activa de las masas y al apoyo institucional.

Así pues, una de las características más destacadas del régimen republicano fue la ruptura de los circuitos de lectura socialmente restringidos, debido a la extensión de las bibliotecas públicas, a las ferias y giras, que salieron al encuentro de los lectores. Por un lado, la política bibliotecaria republicana contribuyó a la socialización del libro y de la lectura en el medio agrario. Por otro, las iniciativas de numerosos editores y librerías pusieron el libro en la calle en las grandes ciudades y lo hicieron ambulante para llegar a los pueblos de provincias. Se multiplicaron los espacios, las prácticas, los lectores y la circulación de publicaciones en la España de los años treinta. Estas bibliotecas públicas y estas estrategias editoriales familiarizaron a amplios colectivos con lo impreso para mejorar su formación intelectual y profesional y poder ejercer sus derechos políticos. La creación de establecimientos y la distribución de colecciones respondieron a la demanda social de lectura de los nuevos ciudadanos.